

# La gran mortandad de 1348. Sobre el mito y la realidad (conocida) de la Peste Negra en España

*The great death of 1348. On the myth and reality of the Black Death in Spain*

**Guillermo Castán Lanaspá**

*Doctor en Historia*

## **Resumen**

La historiografía española acepta desde hace relativamente poco tiempo, por influencia de la historiografía europea, que la epidemia de 1348 afectó gravemente a toda la península ibérica, pese a la escasez y parquedad de las fuentes existentes, sobre todo en la Corona de Castilla; pero graves pérdidas súbitas de población chocan con la persistencia de los conflictos bélicos coetáneos, con la revolución fiscal y con la coyuntura económica. Así que no es posible aceptar cifras tan elevadas como las que se han manejado. Se concluye con la idea de que el problema debe ser revisado superando las contradicciones que los estudios especializados presentan entre sí, estableciendo cautelas respecto a la aplicación acrítica de modelos explicativos elaborados en otros contextos muy diferentes y evitando la mera deducción y la analogía como herramientas principales para explicar la evolución de las sociedades.

Palabras clave: Edad Media; España; Peste Negra; crisis del siglo XIV.

## **Abstract**

*Spanish historiography has only recently accepted, due to the influence of European historiography, that the epidemic of 1348 severely affected the entire Iberian Peninsula, despite the scarcity and paucity of existing sources, especially in the Crown of Castile; but serious sudden population losses collide with the persisting armed conflicts, with the fiscal revolution and with the economic situation. Therefore it is not possible to accept figures as high as those that have been used. The article concludes that the problem should be reviewed by overcoming the contradictions that specialized studies present, taking special precautions with regard to the uncritical application of explanatory models developed in other very different contexts and by avoiding mere deduction and analogy as the main tools to explain the evolution of societies.*

*Keywords: Middle Ages; Spain; Black Death; 14th-century crisis*

### Planteamiento de la cuestión. Un modelo *marxthusiano* de la crisis bajomedieval\*

Al repasar las aportaciones que, desde mediado el siglo XX, se han hecho sobre la epidemia de 1348 en España, resulta curioso observar que, a pesar de la falta de documentación, nuestra historiografía ha aceptado como un hecho establecido que la incidencia del morbo ocasionó casi por todas partes una auténtica catástrofe demográfica cuyas secuelas afectaron a todo el tejido social y económico. Pero salvo en unos pocos casos muy locales que no se pueden extrapolar, en ninguno de los territorios peninsulares es posible cuantificar las víctimas, por más que para Cataluña se hayan hecho estimaciones catastróficas desde el primer momento. La falta de datos en Castilla no ha impedido que desde el siglo XVI se insinúe primero, y se vaya afirmando lentamente después, la idea de que una verdadera hecatombe ha ocurrido casi por todos los lados.

La idea de que la epidemia de Peste Negra de 1348 produjo una gran catástrofe en la península se fue construyendo lentamente en nuestra historiografía (a la que era ajena) en los siglos XVI y XVII a través, fundamentalmente, de los frailes historiadores de sus propias órdenes, que importan y aplican aquí las narraciones que para otros lugares de Europa escribían sus correligionarios allende los Pirineos con todos los ingredientes del horror ya visibles en las crónicas europeas del siglo XIV, deudoras, a su vez, de otras narracio-

nes anteriores<sup>[1]</sup>. Introducción muy difícil y lenta entre los *historiadores seculares* (la expresión es de fray Hebrera) que, en sus historias nacionales o locales, rechazan a menudo dar más relieve a la epidemia de 1348 del que sus fuentes les permiten (o sea muy poco, o nada, especialmente en Castilla), a la vez que conceden importancia a otras epidemias y calamidades, anteriores o posteriores, de las que tienen noticia.<sup>[2]</sup> En el siglo XVIII los ensayistas sobre la población, bebiendo de los arbitristas anteriores, relanzarán la idea de la catástrofe de 1348 con la intención de relativizar sus efectos sobre la población, cuya debilidad achacan a razones sociales. Algunos historiadores de cuestiones especiales (singularmente de la medicina) y otros recogerán este mensaje que, de todos modos, sólo se reflejará de forma excepcional en nuestros *historiadores seculares* del siglo XIX y principios del XX. Doblado este siglo, al hilo de la renovación historiográfica entrará de Europa la tercera gran corriente que abrirá definitivamente las puertas a la idea de la catástrofe demográfica causada por el morbo; los trabajos de Postan, Carpentier, Biraben o Bois, entre otros muchos, en el marco de una explicación sobre la *crisis de la Baja Edad Media*, constantemente citados, verán sus conclu-

\* He abordado en profundidad esta cuestión en *La construcción de la idea de la Peste Negra (1348-1350) como catástrofe demográfica en la historiografía española*, Ediciones Universidad de Salamanca (en prensa). Ahí me remito para una mayor precisión sobre los temas que se abordan en este artículo y otros conexos que no es posible tratar por la limitación del espacio disponible.

1.- Narraciones que se repiten a lo largo de siglos llegando hasta la edad contemporánea; con frecuencia resuenan las voces de Homero, Sófocles, Tucídides, Procopio... Así es como se ha podido decir que la descripción de la peste de Marsella de 588 hecha por Gregorio de Tours vale perfectamente para describir la de 1720 en la misma ciudad hasta en los detalles.

2.- Se ha tratado de explicar esto aludiendo al concepto de Historia predominante en la época, la historia de los reyes, de la política y de la guerra; pero este mismo concepto no ha impedido que en otros países europeos la epidemia sea tratada con gran amplitud y dramatismo ya desde los propios contemporáneos que la vivieron (Villani, Venette, Cantacuceno o Boccaccio por citar sólo a algunos de los más conocidos); y conviene recordar que el cronista Ayala tenía 16 años en 1350, edad más que suficiente para conocer qué pasó en su país.



Detalle de *El Triunfo de la muerte*, Peter Bruegel el Viejo, 1562-1563 (Fuente: Museo del Prado).

siones directamente aplicadas en España sin pruebas suficientes que las respalden.

Pues, en los últimos cincuenta y primeros sesenta del pasado siglo, la influencia de la gran historiografía europea se va colando por los intersticios de la esclerotizada universidad franquista para eclosionar, en los años setenta, con una formidable pléyade de investigaciones que venían a satisfacer la necesidad perentoria de abrirse a Europa y sacudirse el yugo de la singularidad de una España aislada por la dictadura de las grandes corrientes de pensamiento europeas<sup>[3]</sup>.

La historiografía europea elaboró un

3.- Para el debate en Cataluña puede consultarse Gaspar Feliu, «La crisis catalana de la Baja Edad Media: estado de la cuestión», *Hispania*, 217 (2004), pp. 435-466, y Luis Vones, «Sobre el debate de las repercusiones económicas y sociales de la llamada crisis de la Baja Edad Media' en los territorios de la Corona de Aragón», en Ferdinand Seibt y Winfried Eberhard (eds.), *Europa 1400. La crisis de la baja Edad Media*, Barcelona, Crítica, 1993, pp. 225-245. Una excelente síntesis de la crisis bajomedieval en los reinos hispanos se debe a Enric Guinot, *La baja Edad Media en los siglos XIV y XV. Economía y sociedad*, Madrid, Síntesis 2003.

modelo explicativo (entre Malthus y Marx) de la depresión bajomedieval (larga duración) en el que los distintos factores se integran en un todo dinámico en torno a la cuestión que se considera central, la lógica interna de un sistema (feudalismo) que se agota desde el último tercio del siglo XIII; pero como los diferentes factores no siempre aparecen o se integran con facilidad en todos los territorios, a veces se fuerza su presencia aun cuando la documentación no lo autorice, y, al querer cerrar el círculo (crecimiento-depresión-recuperación), queda en evidencia que los factores relevantes se yuxtaponen de manera contradictoria, perdiendo el artefacto toda fuerza de explicación racional.

Y es que un modelo es un constructo legítimo del pensamiento hipotético-deductivo que, basado en el conocimiento amplio de una realidad, situándose un paso por encima de ella, sirve para explicar de forma coherente, integrada y holística una realidad social y su dinámica; tiene una funcio-

nalidad explicativa y la capacidad de orientar la mirada de los investigadores, pero no puede sustituir al trabajo de campo, al conocimiento de la realidad concreta objeto de análisis. Los modelos no son fórmulas, no dicen cómo era y cómo evoluciona un grupo humano en concreto; y máxime cuando las teorías y prácticas cuantitativistas, al acercar a los historiadores a la Economía, han acercado a los economistas a la Historia, los cuales, muy amigos de *modelizar* para no volar tan a ras de suelo, acaban proponiendo (e imponiendo a menudo) sus modelos en los que el *ceteris paribus* suele ser un elemento básico. Pero las sociedades, los grupos humanos, las realidades sociales, son diversas, plurales, cambiantes, dinámicas, y difícilmente se dejan encorsear. Los modelos teóricos son necesarios, sin duda, permiten pasar de la descripción a la explicación, remontar el vuelo para tener una perspectiva coherente, integral, e iluminan el imprescindible (y pesado) trabajo empírico, pero no son fórmulas que se puedan aplicar sin más; y, desde luego, los historiadores sabemos que, para explicar cómo es y cómo evoluciona la realidad social, de *ceteris paribus* nada de nada.

En 1974 Pounds publicó una síntesis para Europa cuyos ingredientes fundamentales tienen que ver con la superpoblación a finales del siglo XIII, ocupación de todas las tierras susceptibles de ser cultivadas, agotamiento de recursos por rendimientos decrecientes en espacios marginales, aparición de los frenos malthusianos... «Como resultado de un incremento ilimitado de la población, sin ningún avance técnico paralelo, se alcanzó irremediamente la superpoblación». Los frenos malthusianos (sobre todo la Peste Negra de 1348-1350) «aparecieron inexorablemente en una población demasiado numerosa para los recursos disponibles». Como consecuencia la población europea se redujo al nivel que los

recursos existentes podían sostener. Explicación mecánica y puramente economista que no tiene en cuenta la estructura, organización y dinámica social, ni las relaciones de poder y de dependencia, que son fundamentales en el estudio de las sociedades. Poco después, Guy Bois resume y sistematiza las tesis que viene defendiendo desde su importante trabajo sobre Normandía (de 1976), afirmando que la Peste Negra fue «un desastre demográfico sin precedentes que casi todo el mundo cifra entre el 30% y el 40% en 1348-1349, afectando a la población europea en su conjunto», pues pocas regiones quedaron relativamente a salvo; las consecuencias, dice, se ven por todos los lados en forma de subidas salariales y medidas como decretar la obligatoriedad del trabajo, la reacción feudal, la caída brutal de la producción, del consumo y de los intercambios...aunque no sea la responsable directa de una depresión que había comenzado tiempo atrás<sup>4</sup>.

Precios y salarios, oferta y demanda, producción y consumo en el seno de una economía monetarizada (eso dice el autor de Normandía) como factores decisivos para entender la crisis en una sociedad *precapitalista* donde no existe el libre mercado, la mano de obra no es una mercancía de libre contratación y el binomio producción-consumo se desarrolla mayoritariamente en el seno de comunidades locales cuya máxima preocupación es el autoabastecimiento.

Este esquema teórico (y *práctico* cuando se convierte en una receta) tuvo una enorme incidencia en la historiografía española a pesar de que no es aplicable tal cual a las sociedades hispánicas, subpobladas, donde no hay quiebra del modelo extensivo de producción por la abundancia de tierras

4.- Norman J.G. Pounds, *Historia económica de la Europa medieval*, Barcelona, Crítica, 1981 (1ª ed. 1974). Guy Bois, *La Gran Depresión medieval: siglos XIV-XV. El precedente de una crisis sistémica*, Valencia, PUV, 2003, pp. 91-98.

sin colonizar y donde no se ha constatado –aunque sí se ha imaginado– una súbita quiebra demográfica que pudiera haber equilibrado en un breve lapso de tiempo el supuesto desfase estructural en el binomio población-recursos.

Sea como sea, lo cierto es que los componentes esenciales de este modelo, que aspira a explicar la dinámica social en el largo plazo (desde la segunda mitad del siglo XIII a la primera mitad del XV *grasso modo*), son *superpoblación*, *desequilibrio estructural* nítido y sostenido en relación a los recursos disponibles, *quiebras demográficas espectaculares* por terribles (que vienen a restablecer el equilibrio), y *recuperaciones asombrosas*, por lo rápidas, en muchas zonas. Quiebra, pues, de la infraestructura económica (fuerzas productivas, relaciones de producción) que arrastra a la superestructura político-jurídica y cultural. Materialismo histórico como receta para construir una historia social y económica, también política, explicativa y coherente, como mandan los cánones, aunque se descuide el principio elemental que exige *análisis concreto de la situación concreta*. Pues muchas investigaciones locales, a lo largo y ancho de la península, han tratado de descubrir en la documentación conservada estos elementos o al menos indicios de ellos, y cuando no se encuentran se supondrán, de modo y manera que el modelo explicativo cuadre y sea de aplicación en cualquier lugar que se estudie.

En mi opinión, este modelo solo puede ayudar a explicar la dinámica social de la península en esa época si, de acuerdo con las fuentes conocidas y el conjunto de los estudios realizados sobre la evolución económica, la urbanización, la fiscalidad, la historia militar, etc., se rebajan sustancialmente con carácter general (la diversidad realmente existente de situaciones locales aconseja no negar la posibilidad de situa-

ciones extremas en algunas comarcas) varios de sus componentes: ni superpoblación tan agobiante, ni desequilibrio estructural tan nítido y permanente en relación a los recursos potenciales disponibles, ni súbitas quiebras demográficas tan espectaculares por terribles, ni recuperaciones tan asombrosas por lo rápidas en muchas zonas. Por no insistir en que este modelo no encaja en la mayor parte de las tierras hispanas, pues la baja densidad de población general y la disponibilidad de inmensos espacios que repoblar tanto en Castilla como en la Corona de Aragón, nos sitúan muy lejos de la sobreexplotación y, por ende, de la quiebra de la *lógica interna* del sistema feudal (otra cosa es la necesidad de adaptaciones a las nuevas realidades sociales que se van abriendo camino por entonces).

Si se fuerza, el modelo se convierte en un artefacto sin capacidad explicativa; así, resulta muy difícil compaginar magnitudes extraordinarias de víctimas con el notable crecimiento urbano en un breve lapso de tiempo y en un mismo espacio, teniendo en cuenta que ese crecimiento urbano procedería de migraciones desde el campo circunvecino. Por ejemplo, en una sociedad rural como la gallega no se pudo producir a la vez, como se ha afirmado, una gran y general mortandad, un crecimiento urbano notable (comerciantes y artesanos) y una importante corriente migratoria del campo (arrasado por la epidemia) a la ciudad<sup>[5]</sup>.

Las historias generales de España de esos años, como la de García de Cortázar, ano-

5.– Ester Boserup, *Población y cambio tecnológico*. Barcelona, Crítica, 1984, explica que, con carácter general, el abastecimiento urbano hasta el siglo XVIII provenía de los campos cultivados en un radio de entre 7 y 15 kilómetros, por lo que, con baja densidad de población, el límite de la urbanización se alcanza pronto. Ella calcula que por cada habitante urbano (no agrícola) se necesitan aproximadamente diez campesinos, de modo que a mayor número de urbanitas mayor número de campesinos circunvecinos se necesita (si no hay un abastecimiento constante del exterior).

tan que en el último tercio del siglo XIII, en una situación próxima a la *superpoblación*, se alcanza «el fin del ciclo de roturaciones económicamente rentables y socialmente permisibles»; la respuesta inicial de los señores a esta crisis, es resistirse a eliminar «el viejo juego de relaciones de producción», lo que suscita graves tensiones sociales y, con el concurso de condiciones climáticas adversas, el inicio de las crisis alimentarias, sobre todo en Castilla, reiterándose las voces que aluden a pobreza y despoblación en un marco de violencia especialmente destructiva; en esta situación la *terrible* Peste Negra vendrá a agudizar las tensiones originadas por la pretensión de los poderosos de mantener las relaciones sociales existentes mediante la coerción y el enfrentamiento con la monarquía<sup>[6]</sup>.

Julio Valdeón, y con él otros muchos historiadores, fue matizando sus conclusiones a lo largo de las numerosas publicaciones en que afrontó esta cuestión, y, tras pasar revista a los escasísimos testimonios directos existentes sobre la peste de 1348 en Castilla y reconocer que a menudo otros factores son también esenciales para explicar la situación, afirmaba que «insistir en las dificultades puede conducir a engaño, pues todo parece indicar que el impacto de la “gran depresión” fue menor en Castilla y León que en otras partes de Europa», y añade que se ha magnificado el significado real de las pestes en el contexto general de la crisis del siglo XIV<sup>[7]</sup>.

6.- José Ángel García de Cortázar, *La época medieval*, Madrid, Alianza, 1973, pp. 376 y ss. Puede consultarse también José Luis Martín, *La Península en la Edad Media*, Barcelona, Teide, 1976, pp. 604 y ss., o Emilio Mitre, *La España Medieval. Sociedades. Estados. Culturas*, Madrid, Istmo, 1979, pp. 280 y ss.

7.- Julio Valdeón, «La Edad Media: origen y consolidación de León y Castilla», en Agustín García Simón (ed.), *Historia de una cultura. I. Castilla y León en la Historia de España*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1995, pp. 199-294 (especialmente pp. 257-262).

Pues, como ha resumido Guinot, las noticias que tenemos de Castilla (de Navarra y la Corona de Aragón hay mucha más información) sobre la epidemia de 1348-1350 son comentarios puntuales de la crónica y de textos de carácter económico (que señalan abandonos, pérdidas, retrasos en pagos, falta de mano de obra...), referencias abstractas e indirectas del estilo *la grand mortandad que era entre las gentes*, y las medidas tomadas en las Cortes de 1351 (que se interpretan como respuestas a la mortandad). Noticias, pues, muy limitadas, de modo que en realidad se puede pensar, dada también la gran diversidad del reino, en un muy probable impacto bastante diferente entre regiones castellanas e incluso dentro de ellas<sup>[8]</sup>.

### **Tierra llena y debate demográfico a mediados del siglo XIV. ¿Qué dice la historiografía?**

Muchos autores afirman que las zonas objeto de su estudio presentaban, tras una larga etapa de crecimiento, claros síntomas de superpoblación en la primera mitad del siglo XIV; así es que suelen aventurarse (no hay respaldo documental) unas cifras muy elevadas que contrastan vivamente con las muy inferiores posteriores conocidas (normalmente a través de censos fiscales), lo que dibuja un panorama de fuerte depresión a mediados del siglo XIV, tras la *gran epidemia*, y una posterior etapa de recuperación desde final de ese siglo, si no antes, y durante el XV, a veces exageradamente rápida (teniendo en cuenta lo que sabemos del crecimiento natural de estas poblaciones y de los movimientos migratorios), desde luego con importantes contrastes regionales.

Pero este *mundo peninsular lleno*, con unas cifras de población tan elevadas como

8.- E. Guinot, *La baja Edad Media...*, pp. 165-166.

inseguras, plantea graves problemas a la hora de explicar la evolución demográfica de las diversas sociedades hispánicas durante la segunda mitad del siglo XIV y principios del XV<sup>[9]</sup>. El mundo de contradicciones, al menos aparentes, que dibuja la conjunta consideración de las aportaciones historiográficas en diversos campos (demografía, historia militar, economía, fiscalidad...), invita a tomar con mucha cautela la idea de la superpoblación (al norte del Duero y del Ebro, se entiende, porque grandes extensiones del sur permanecen vacías), lo que, por cierto, también permite abordar la mortandad de 1348 desde una perspectiva mucho menos dramática que la habitual.

Monteano<sup>[10]</sup>, que resume una amplia bibliografía anterior (Zabalo, Carrasco, Berthe...), afirma que en vísperas de la epidemia Navarra es «un mundo lleno y familiar»; 60.000 fuegos (270.000 habitantes) hacen que «los campos navarros estén superpoblados»; y ello aun a pesar de graves incidencias previas muy negativas, como las hambrunas y carestías de 1300-1318, 1328-1330 y 1333-1336. Navarra, dice, jamás ha estado tan poblada como en vísperas de la Peste Negra. Puesto que para 1366 se habla de 18.219 fuegos, (82.000 habitantes), puede calcularse la magnitud del descalabro demográfico entre ambas fechas, descalabro que todavía no se habría superado en 1570, cuando se habla de unos 180.000 habitantes<sup>[11]</sup>.

9.- Por ejemplo, las cifras sobre la población de la Corona de Castilla varían enormemente según los autores, pues García de Cortázar habla de 4,5 millones en 1300, Ladero de 4 millones, y los cálculos de Iradiel son de unos 3 millones. Cuando las cifras difieren tanto es porque en realidad se sabe muy poco.

10.- Peio J. Monteano, *Los navarros ante el hambre, la peste, la guerra y la fiscalidad. Siglos XV y XVI*, Pamplona, 1999; y «La Peste Negra en Navarra. La catástrofe demográfica de 1347-1349», en *Príncipe de Viana*, 222, 2001, pp. 87-120.

11.- De cualquier manera las cifras no dejan de ser discutibles, de modo que, más prudentemente, Valdeón habla

de unos 100.000 navarros en vísperas de la epidemia, dato que rebajaría considerablemente el extraordinario de la mortandad que se viene difundiendo. Julio Valdeón y José Luis Martín, *La Baja Edad Media peninsular. Siglos XIII al XV. La población, la economía, la sociedad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1996, (capítulo dedicado al Reino de Navarra).

Explica Feliu<sup>[12]</sup>, comentando las cifras de Nadal para Cataluña, que el dato que se suele manejar para el año 1300 (500.000 habitantes) es una propuesta basada en la estimación de la población máxima que podría mantener el Principado en el siglo XVIII (se supone que es el tope de la población medieval, el *mundo lleno* al que se refiere en varias ocasiones), que se calculan unas pérdidas por diversos avatares, especialmente hambrunas, del 5% entre ese año y 1347, y que la Peste Negra de 1348 se llevaría a un 20% más, de modo que la cifra de 1347 la han calculado sumando un 25% a la que arroja el censo de 1359-1360 (cálculo que no tiene en cuenta el crecimiento natural acumulativo de la población). Con esta apriorística (y prudente) asignación de víctimas de la Peste y la consiguiente optimista propuesta de 500.000 habitantes en 1300, se construye un punto de partida demográfico cuyo devenir, para desembocar en las cifras más seguras de censos posteriores (293.000 en 1381 y 224.000 en 1497), descabala todos los cálculos, pues además de que no se tiene en cuenta el crecimiento natural de la población desde 1300 hasta 1348, hace necesario incrementar el balance de pérdidas globales tanto en 1348 como en la larga duración<sup>[13]</sup>.

Para el Reino de Aragón, José Ángel Sesma califica de carente de base y de *rácana* la cifra comúnmente aceptada de 200.000

12.- Gaspar Feliu, «La crisis catalana de la Baja Edad Media: estado de la cuestión», *Hispania*, 217, 2004, pp. 435-466

13.- Como los puntos de partida y la incidencia de la Peste Negra sobre la población catalana se formulan a modo de hipótesis más o menos verosímiles, las propuestas varían según los autores, a veces de forma considerable.

habitantes en vísperas de la Peste Negra, pues estudios de ciudades y comarcas sugieren, dice, una población notablemente más numerosa, tanto que quizás sobre 1320 hubiera alrededor de 450.000 habitantes. Cifra tan optimista que, para desembocar luego en los 250.000 de 1495, (procedente del fogaje general ordenado por las Cortes de Tarazona, generalmente considerado como fiable), hay que aceptar unos descabros demográficos sin precedentes, no justificados por la historiografía. La evolución conocida de la población aragonesa solo se puede explicar reduciendo considerablemente el punto de partida del autor. Pero la idea de un *mundo lleno* a mediados del siglo XIV ha alcanzado ya tal difusión que los autores la encuentran ahí donde miren; así, también para Huesca se habla de desajuste entre producción en retroceso y población que ha alcanzado prácticamente sus máximos; desajustes que allanarán el terreno para que la Peste Negra provoque un gravísimo descabro entre unas gentes ya muy debilitadas. Descabro que, sin embargo, no se produce entre los moros de la aljama oscense, cuya población se mantiene bastante estable a caballo de la gran epidemia. Parece que cuando se encuentra documentación concreta las escandalosas cifras de mortandad no pueden mantenerse<sup>[14]</sup>.

14.-José Ángel Sesma, «Sobre los fogajes generales del Reino de Aragón (siglos XIV-XV) y su capacidad de reflejar valores demográficos», en José Ángel Sesma y Carlos Laliena (coords.), *La población de Aragón en la Edad Media (siglos XIII-XV). Estudios de demografía histórica*, Zaragoza, Leyere, 2004, pp. 23-53. Carlos Laliena y María Teresa Iranzo, «Huesca en la Baja Edad Media: crisis y recuperación (siglos XIV-XV)», en Carlos Laliena (coord.), *Huesca: Historia de una ciudad*, Huesca, Ayuntamiento de Huesca, 1990, pp. 132-159 (p. 146). Pero la idea de un *mundo lleno* y rendimientos agrícolas decrecientes no puede aplicarse al conjunto de la Corona de Aragón empeñada por entonces en repoblar Valencia y Mallorca. Ángel Conte, *La aljama de moros de Huesca*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1992, señala que la aljama tendría en 1294 550 habitantes y en 1356 540, de modo que concluye que «no

También en la Corona de Castilla, al norte del Duero, se ha creído observar ese mundo lleno con el que el modelo europeo arranca su dinámica para explicar la crisis. Si en Galicia se ha hablado de *sobrepoblamiento rural*, en tierras de Álava se habría alcanzado tempranamente la condición de *mundo lleno*, próximo a la superpoblación, hacia 1340, y en Salvatierra y la Llanada oriental alavesa parece que ya en 1257 había una *densa ocupación* del espacio. Y se habla de *villas superpobladas* en tierras guipuzcoanas en vísperas de la Peste. También para Asturias se ha aventurado una cifra de población muy elevada por las mismas fechas, pues aunque no existe documentación para poderse pronunciar, se afirma que *debía* estar en esta época densamente poblada, como se deduciría del gran número de feligresías y parroquias, de modo que se podría hablar, en el momento álgido, de entre 250.000 y 300.000 habitantes. *Mundo lleno*, pues, cuya población se va a ver hondamente afectada por una diversidad de factores como los que afectaron trágicamente a la Corona de Castilla.

Pues como postula el modelo europeo, muchos historiadores afirman que también en la península los frenos malthusianos, la Peste Negra primordialmente, junto con las graves hambrunas y las constantes violencias, vinieron a reponer el equilibrio perdido en esas *tierras llenas* entre una producción menguante y una población que desbordaría los límites tras una larga etapa de crecimiento sin trabas. Y suelen citarse fuentes verdaderamente impactantes, como algunos cronicones que hablan de dos tercios de muertos, la Crónica de Pedro IV, en la que el monarca estimaba que en sus reinos las bajas podrían llegar a  $\frac{3}{4}$

es tan seguro que la población descendiera en la medida en que sistemáticamente se viene aseverando» (p. 156). Lo mismo se deduce de varios estudios con fuentes diversas en otros lugares.



partes, otros documentos, singularmente de la Corona de Aragón y de Navarra, y las noticias procedentes de Europa, que desde el inicio estimaban inauditas mortandades (crónicas y autores aseguran que apenas se salvaron diez de cada mil personas), cifras extraordinarias que no pueden ser tomadas literalmente pero que han estimulado a algunos historiadores del siglo XX a pensar que tales mortandades han ocurrido realmente a nivel general, aunque no haya medio de comprobarlo <sup>[15]</sup>.

Una verdadera hecatombe, una tragedia sin precedentes que, sin embargo, tendría también, según se argumenta, efectos positivos abriendo paso a todo un mundo de nuevas oportunidades para el futuro, inmediatamente aprovechadas por los supervivientes (concentración de la propiedad en manos del sector más dinámico del campesinado, abandono de tierras marginales, abundancia de pastos y aumento de la ganadería, incremento de la productividad y del nivel de vida, aumento significativo de la demanda de una variedad de productos, nuevos estímulos para el crecimiento...). En este sentido, Iradiel afirma que la explicación de la crisis se centra hoy en un conjunto de transformaciones estructurales

15.- En el Cronicón Conimbricense, publicado en el tomo XXII de *La España Sagrada*, se lee: «Era de MCCCLXXXVI annos por S. Miguel de Setembro acopezou esta pestilencia, foi grande mortaldade por lo mundo, asi que igualmente morreron as duas partes das gentes...» De forma parecida se expresa la crónica de Alcobça: «Era MCCCLXXXVI fuit generalis pestilencia per toto mundo in qua mortui sunt due partes hominum». En septiembre de 1350 el obispo de Lugo fray Pedro López de Aguiar afirma que por la peste no se encuentran curas disponibles (y por lo que dice casi tampoco parroquianos): «...propter pestem et mortalitatem que supervenit, propter quam tam clericorum quam etiam parochianorum fere due partes in nostra diocesis perierunt.» Y el Cronicón Gerundense afirma: «Anno MCCCXLVIII fuit maxima mortalitas hominum et mulierum taliter quod ex peste perierunt in ista diocesi Gerundae et etiam provintia Tarrachone duae ex tribus partibus hominum et mulierum». Muchos historiadores advierten de la imposibilidad de aceptar literalmente las informaciones de estas fuentes.

«compatibles con una trayectoria de crecimiento más elevado de la economía europea»; pues considera que a escala general solo puede hablarse de crisis demográfica, «pues cuanto más se investiga más se descubre la gravedad de la fractura en los territorios europeos y peninsulares, con cifras superiores a las de síntesis», que hablan del 30% de la población. Y aunque en algunas zonas la catástrofe sería todavía mayor, «se trata solo de una de las variables a tener en cuenta y probablemente no de las más importantes»<sup>[16]</sup>.

Pero la realidad es muy diversa, de modo que conviene abordar la cuestión por regiones.

En Navarra, explica Berthe, en 1346-1347 los campesinos mueren de hambre, casi siempre con toda su familia; estamos ante «la crisis alimentaria de un país agotado en sus recursos y en estado de superpoblación». Un mundo lleno cuyo modelo extensivo de crecimiento se colapsa por esas fechas ante el descenso de la productividad (*ley de rendimientos decrecientes*), y acosado por los malos tiempos, las pérdidas de cosechas y las calamidades climáticas. Por tanto, cuando llegue la gran epidemia, invadiendo todo el reino, va a provocar una *espantosa sangría humana*; sangría que vendría a sumarse a la, quizás mayor, provocada pre-

16.- Paulino Iradiel, «La crisis bajomedieval, un tiempo de conflictos», en José I. de la Iglesia Duarte, *Conflictos sociales, políticos e intelectuales en la España de los siglos XIV y XV*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 2004, pp. 13-48. Pero no resulta fácil aceptar que la pérdida del 40% de la población sea una inmediata oportunidad para el desarrollo de ninguna sociedad, pues más bien da la impresión, como a menudo se ha argumentado, de que una catástrofe de tal magnitud desarbolaría los mecanismos e instituciones sociales, de modo que las posibles ventajas que se enuncian tardarían mucho tiempo en hacerse evidentes. Y por otro lado, en la península ocurre lo contrario de lo que dice Iradiel: cuanto mejor se conoce un territorio, menor es la mortandad aceptada; así ocurrió en Gerona y en Mallorca, por ejemplo, donde Guilleré y Santamaría rebajaron la cifra de 2/3 a menos del 20%.

viamente por la hambruna, pues Monteano afirma, imagino que hiperbólicamente, que «cuando llegó la peste en algunas comarcas navarras quedaba ya muy poca gente por matar». Las conclusiones del autor son que entre 1347 y 1350 desaparecen la mitad de los navarros, que, con los siguientes episodios catastróficos (en 1362-63 un nuevo brote epidémico acaba con un quinto de la población total, y hay nuevos episodios en 1382, 1400, 1411 y 1421), en 1427 serían la cuarta parte de los que eran en 1346; estamos, concluye Monteano, ante «el récord de todos los declives demográficos registrados en la Europa de la época»<sup>[17]</sup>.

En Castilla, la gran escasez de datos e informaciones directas privilegia el uso de fuentes indirectas y el estudio de lo que se consideran consecuencias económicas y sociales provocadas por la epidemia, como los despoblados, reiteradamente citados como prueba y que hace tiempo estudió Cabrillana para afirmar una fuerte quiebra demográfica en el obispado de Palencia que, probablemente, «podría con cautelas extenderse a las diócesis leonesa y burgalesa, vecinas suyas y de características similares», o sea a prácticamente toda la zona norte de la Cuenca del Duero. Las actas de las Cortes de Valladolid de 1351 han sido también consideradas como prueba de los estragos que la epidemia causó en la Corona de Castilla<sup>[18]</sup>. De modo que la crisis

17.- Maurice Berthe, *Famines et épidémies dans les campagnes Navarraise á la fin du Moyen Âge*, París, S.F.I.E.DI, 1984. Las referencias de Monteano, en nota 11. Una crítica a las cifras extraordinarias de mortandad facilitadas por estos y otros autores puede verse en Guillermo Castán y Salvador Dueñas, «Revisión de la incidencia de la Peste Negra (1348) en Navarra a través de un modelo matemático de población», *Studia Historica. Historia Medieval*, 24 (2006), pp. 275-314.

18.- Nicolás Cabrillana, «La crisis del siglo XIV en Castilla: la peste negra en el obispado de Palencia», *Hispania*, 109 (1968), págs. 245-258. Aquí el autor afirma que la zona llana debió estar superpoblada en vísperas de la peste, y acepta una incidencia del 25% o quizás más, aunque

demográfica se achaca al incremento de la mortalidad, *implícita* en muchas de las peticiones de rebajas fiscales, que se refieren a factores como repetidas hambrunas, violencias y guerras. Y sobre todo la peste, *protagonista indiscutible*, dice Vaca, de la *quiebra demográfica* de Castilla en la segunda mitad del XIV, pues, aunque poco sabemos de ella, la gran epidemia de 1348-1350, documentada de manera genérica en casi toda la Corona de Castilla, bien pudo provocar pérdidas del 25% o del 30%, cifras elevadísimas, pero inferiores a las aceptadas para Europa<sup>[19]</sup>. Pero la situación difiere también considerablemente en los diversos espacios de la Corona de Castilla.

En relación a Galicia, Portela, que marcó el tenor de las investigaciones durante muchos años, cree que la peste, que se cebó con Bayona del 25 de julio de 1348 al 1 de enero de 1349, pudo provocar dos tercios de fallecidos, como recoge el *Cronicón Co-*

desigual según las comarcas. Para Ángel Vaca, «Recesión económica y crisis social de Castilla en el siglo XIV», en *Las crisis en la Historia*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1995, págs. 33-55, este estudio sobre los despoblados palentinos, a pesar de ser reiteradamente citado, carece del mínimo rigor exigible y sus conclusiones no son aceptables. Carlos Reglero de la Fuente, «Los despoblados bajomedievales en los Montes Torozos: jerarquización del poblamiento y coyuntura económica». En *Edad Media. Revista de Historia*. Universidad de Valladolid, 1 (1998), págs. 183-218, razona una crítica definitiva a las tesis de Cabrillana. Sobre el contenido de las actas de las cortes de 1351 y su valor como testimonio de los estragos de la epidemia de 1348 en Castilla, he realizado un análisis minucioso en mi obra citada en la primera nota de este artículo.

19.- Ángel Vaca, «La quiebra demográfica en Castilla en la Baja Edad Media. ¿Realidad o ficción virtual?», *CHE*, LXXVI, (2000), pp. 63-98. Aquí, tras la pregunta retórica, el autor se reafirma en su tesis de que en Castilla, en la Baja Edad Media, se produjo, como en el resto de Europa, una quiebra demográfica precedida de una larga fase de ascenso continuado. Faltan datos, reconoce, pero es *indudable*. Hay que hacer notar que no es lo mismo un importante descenso demográfico en la larga duración que una súbita, traumática, pérdida elevadísima en unos meses a causa de una epidemia.



«Flagelantes en Doornik, Tournai», miniatura de *Chroniques et annales de Gilles le Muisit*, 1349  
 (Fuente: Biblioteca Real de Bélgica)

nimbricense, algún documentoy algunas cifras de estudios europeos<sup>[20]</sup>. Pero fuera de alguna noticia aislada (Estepar, en Burgos, Villalobos, en Zamora, Palencia, y San Felices de Gallegos, en Salamanca) hay dudas sobre las secuelas del morbo en amplias zonas meseteñas, como en el propio Burgos (donde con datos del Cabildo se ha llegado a poner en duda la existencia misma de la crisis), Valladolid o León; y los detallados estudios sobre despoblados en diversas zonas al norte del Duero o sobre la población en Soria, Segovia, Ávila y Salamanca no autorizan a hablar de debacles demográficas.

20.- Ermelindo Portela, *La región del obispado de Tuy en los siglos XII al XV. Una sociedad en la expansión y en la crisis*. Santiago de Compostela, El Eco Franciscano, 1976. Cita por ejemplo un documento de la zona de Bayona en el que se lee que «despoy de esto que veera ao mundo tal pestilencia et morte ennas gentes que a mayor partida dellas eran ffinadas...».

Similar parece la situación en algunas zonas al sur del Sistema Central, donde sabemos por muy pocos testimonios que también apareció la Peste Negra (Badajoz, Toledo, Écija, Arjona, Gibraltar), aunque en muchas de ellas no dejó huellas en la documentación conservada. Y se ha podido decir que nada se sabe de su paso por Sevilla o de sus consecuencias en Murcia, donde se conocen episodios posteriores mucho más graves. Y, en fin, aunque conocemos muy mal la incidencia de la Peste Negra en el reino nasrí, se ha llegado a afirmar que la población granadina debió registrar un descenso *brutal* por su causa, sin añadir más precisiones.

Este panorama es el que alentó a muchos historiadores a estimar que la afectación del interior peninsular fue muy inferior a la que sufrieron las regiones levantinas, aunque otros muchos rechazan la idea porque

no ven razones objetivas para que unas zonas se infectaran gravemente y otras no<sup>[21]</sup>.

En 1977 Vicente Bielza de Ory, en una obra de conjunto sobre la población de Aragón, recogió que, tras la expansión de los siglos XII al XIV, la segunda mitad de este siglo cambia completamente de signo porque se quiebra la tendencia alcista; variadas son las causas, pero subraya especialmente la epidemia de Peste Negra de 1348, cuya gravedad extraordinaria fue ya evaluada por Pedro IV: bien pudo llevarse  $\frac{3}{4}$  de la población. Bielza comentó entonces que esta cifra parece exagerada y que seguramente la epidemia ¡solo! eliminó la mitad. Queda así establecido, de la mano de la *Crónica de Pedro IV* y de Zurita, en tanto que máximo difusor de la misma, que el Reino de Aragón sufrió una catástrofe sin precedentes en 1348. En 1959 Tilander ya había considerado que la regulación de precios y salarios realizada en las cortes de Zaragoza de 1350 (también se hace en otros reinos por los mismos años) tiene una causa evidente, «la gran peste de la que fueron víctimas las

dos terceras partes de la población»<sup>[22]</sup>.

En el *Cronicón Gerundense* puede leerse: «*Anno MCCCXLVIII fuit maxima mortalitas hominum et mulierum taliter quod ex peste perierunt in ista diocesi Gerundae et etiam provintia Tarrachone duae ex tribus partibus hominum et mulierum*»<sup>[23]</sup>. Dos tercios, pues, de muertos en las diócesis de Gerona y de Tarragona que Carmen Battle aceptará para toda la Cataluña Vieja y extenderá a Barcelona, que, dice, sufrió la pérdida de casi dos terceras partes de su población. En fin, Girbal, que, dice, no ha logrado encontrar evidencias de estos hechos en los archivos a pesar de sus esfuerzos, argumenta que ataques a los judíos se produjeron en muchas partes, de modo que bien pudieron ocurrir también en Gerona, y los relaciona con la epidemia que en 1348 «convirtió a nuestra ciudad en un pavoroso cementerio, matando dos terceras partes de los habitantes de este obispado». Como se ve, ante la ausencia de documentos y

21.- Con tan escaso bagaje, afirma Vaca, no es posible establecer ni siquiera la presencia de la epidemia en muchas comarcas, razón por la cual algunos historiadores creen que Castilla fue menos afectada, pero él no duda del *pronunciado descenso* de la población debido a múltiples causas entre las que la peste contaría en primer lugar, como se dice en las Cortes de 1351. Vid. Ángel Vaca, «La Peste Negra en Castilla. Aportación al estudio de algunas de sus consecuencias económicas y sociales», *Studia Historica. Historia Medieval*, vol. II, nº 2 (1984), págs. 89-107; y «La Peste Negra en Castilla. Nuevos testimonios», en el vol.III (1990), pp. 159-171. En un espléndido trabajo, Molénat afirma que a partir de 1349 la ruina en los campos toledanos se ve por todas partes y, aunque no hay testimonios directos que achachen los abandonos a la peste, conociendo el itinerario que recorrió en la península se puede suponer que también la zona centro sería afectada antes de marzo de 1349, desmintiendo enfáticamente «esa misteriosa inmunidad de la Meseta a la peste» que algunos han querido ver. Vid. Jean Pierre Molénat, *Campagnes et monts de Tolède du XIIIe au XVe siècle*, Madrid, Casa de Velázquez, 1997, especialmente pp. 287-317.

22.- Gunnar Tilander, *Fueros aragoneses desconocidos promulgados a consecuencia de la gran peste de 1348*, en *Leges Hispanicae Medii Aevi*, IX. Estocolmo, Offset-Lito 1959. Resulta fascinante ver cómo las cifras de mortandad que facilitaron documentos de la época, como el *Cronicón Conimbricense* y otros similares, son aceptadas sin mayores dificultades 600 años después por autores del siglo XX; y, por cierto, con razones mucho más endebles, pues los cronistas de la época y los frailes historiadores aceptan la realidad de tales apocalípticas masacres porque saben de la gravedad de la ira divina, que es proporcional a la maldad y la monstruosidad de los pecados del género humano (*per le nostre inique opere, da giusta ira de Dio*, explicaba Boccaccio), lo que resulta coherente y entendible en la mentalidad de la época; mientras que algunos autores contemporáneos aceptan las mismas desoladoras cifras porque conocen la gravedad de las medidas humanas que hubieron de tomarse, como la regulación de precios y salarios, decisión terrenal y provisional (solo estuvo en vigor dos años en la Corona de Aragón) ya tomada en varias ocasiones anteriores y en otros lugares, que ya trató de implantar Diocleciano en el Bajo Imperio y que, por cierto, tampoco es un invento de este emperador.

23.- Ramón de Abadal, *España cristiana, crisis de la reconquista, luchas civiles*, Tomo XIV de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1966, prólogo.

pruebas que avalen la idea, se recurre a un ejercicio tan arriesgado como el de suponer que aquí ocurrió lo mismo que ocurrió allá, por analogía, en un ejercicio deductivo de imposible validación. Y en cuanto a las elevadísimas cifras que aportan crónicas y documentos coetáneos, ya Pierre Vilar advirtió: «No retengamos las cifras de mortalidad propuestas por los viejos autores: nueve décimos, tres cuartos, dos tercios de la población. Tales proporciones, aun posibles localmente, no pueden tener significación general...»<sup>[24]</sup>.

### **Economía, fiscalidad y guerra en la segunda mitad del siglo XIV. ¿Una evolución al margen de la demografía?**

Llama la atención que una catástrofe demográfica como la que se admite por doquier, especialmente en Navarra y en la Corona de Aragón, no fuera seguida de un inmediato periodo de desconcierto social, de caos administrativo y de crisis general profunda, a pesar de que ya hemos mencionado que algunos autores piensan que las consecuencias de la Peste Negra fueron poco relevantes en el devenir de las sociedades<sup>[25]</sup>. Pues no parece evidente que se

pueda perder traumáticamente más de un tercio de la población sin padecer inmediatas consecuencias gravísimas en muchos campos de la vida social.

Y sin embargo, muchos estudios regionales han puesto de manifiesto que la economía experimentó una evolución positiva tras el paso del morbo, cuando la población no había tenido aún tiempo de recuperarse mínimamente. Es cierto que el abandono de tierras marginales y la concentración de las más productivas en menos manos pudo incrementar la productividad, elevar el nivel de vida de los supervivientes, reanimar la demanda y alentar con ello la producción artesanal y el comercio, pero no es menos cierto que el nivel de desarrollo técnico y de los intercambios de la época vinculan muy directamente producción y fuerza de trabajo, demanda interna y consumo, de modo que, como se quejan los hidalgos en las Cortes de Valladolid de 1351, la falta de mano de obra dejaría los campos yermos y las rentas tenderían inexorablemente a la baja.

Sin embargo muchos estudios han puesto de relieve que ya desde 1350 el cultivo de la vid se extiende y adquiere una mayor importancia en muchas zonas, a pesar de sus requerimientos de trabajo intensivo, y la incrementada producción de vino alimenta un comercio, también de exportación, atendiendo una demanda solvente al parecer no mermada por las mortandades que se aceptan por doquier. Esto ocurre en Galicia, donde, además, se afirma que «las ricas ciudades y villas tanto del interior como del litoral viven plenamente el auge comercial que entonces se extendía por el reino»... auge de ciudades como Bayona, Coruña, Ribadeo, Tuy, Ribadavia, Pontevedra... y sobre todo Santiago, ciudades prósperas a lo largo y ancho del territorio, costeras o inte-

24.- Carmen Batlle, *La crisis social y económica de Barcelona a mediados del siglo XV*, Barcelona, CSIC, 1973, vol.1, p. 53, donde afirma también que el número de muertos fue extraordinario tanto en el campo como en la ciudad, aunque luego explica que Barcelona mantuviera tras la catástrofe el número de fuegos previo por la inmigración desde el campo. Enric Claudi Girbal, *Los judíos de Gerona*, Gerona, Imprenta de Gerardo Cumané, 1870, p. 21. Más adelante varios autores, entre ellos Guilleré, desmienten este literario apunte de Girbal. Pierre Vilar, *Cataluña en la España Moderna .I. Introducción. El medio natural y el medio histórico*, Barcelona, Crítica, 1987 (3ª ed., p. 252).

25.- Desechando por tanto el argumento principal que sobre su paso por la península habían proporcionado los historiadores hasta hace poco, a saber, que, a falta de pruebas y testimonios directos suficientes, se puede conocer la importancia de la epidemia por sus secuelas económicas y sociales, por la grave crisis que provocó (tierras abandonadas, descenso de la producción, multitudes

vagando de acá para allá, alza extraordinaria de salarios y de precios...).

riores, gracias al comercio de artículos no solo de primera necesidad, al vigor de sus cofradías de *mareantes*, sus astilleros o sus relaciones con el exterior<sup>[26]</sup>.

También en Navarra, donde en 1348 la exportación de vino por Puente la Reina se incrementa el 400% respecto al año anterior, y en los años siguientes, cuando se ha dicho que la peste se había llevado a la mitad de los navarros, las cifras se mantienen en niveles altos y medios en relación a los previos a la epidemia. Más allá de los vaivenes de la producción agraria en una comarca, importa ver que la capacidad de exportación no solo no ha mermado en la comarca de Puente la Reina, pues tampoco lo ha hecho en Tudela, Laguardia y Viana (que producen y venden mucho más), y que tampoco lo ha hecho la capacidad de consumo de los compradores, que proceden fundamentalmente de Guipúzcoa y de Álava. Producción y consumo que se sitúan durante la epidemia y después en los niveles habituales anteriores, y que solamente experimentarán una caída considerable cuando conflictos bélicos interrumpen las relaciones comerciales. También la minería y la industria siderúrgica navarras experimentan avances desde fines del siglo XIII, y parece que el *verdadero cambio de tendencia* de las actividades mineras del norte de Navarra se sitúa en el reinado de Carlos II, desde 1350, con importantes incrementos en la producción. De modo que Mugueta ha podido afirmar que «no cabe duda de que la segunda mitad del siglo XIV continuó siendo un periodo de auge de la actividad siderúrgica». Así es que, parece, la peste de

1348 no rompió la continuidad y pudo ser un nuevo resorte para el desarrollo, y que ni el morbo ni las otras calamidades agotaron al país, lo que es muy difícil de aceptar si la Peste Negra hubiera acabado en unos meses con la mitad de la población navarra y con otro 20% unos años después<sup>[27]</sup>.

En 1348 los condes de Flandes otorgan a los mercaderes cántabros un estatuto que los equipara con la Liga Hanseática, alcanzando con ello la Hermandad de las Marismas su apogeo, de modo que es bastante evidente que la epidemia no paralizó una actividad mercantil que ya practicaban desde el siglo XIII y que se vio muy favorecida, especialmente con Bretaña, Flandes y Normandía, durante la Guerra de los Cien Años, coyuntura que aprovecharon los marinos cántabros y vascos (y también los mallorquines traficando con armas). Y no puede olvidarse que desde los inicios del siglo XIV el comercio de la lana va despegando hasta convertirse en un negocio fundamental para los puertos cántabros. Y en el País Vasco el siglo XIV, el siglo de la crisis y de la Peste Negra, presenta un mayor número de nuevos núcleos de población que el siglo XIII, tradicionalmente considerado de expansión; en Guipúzcoa se fundan cinco entre 1347 y 1383<sup>[28]</sup>.

26.- Cfr. Antonio Rodríguez González, «Pedro I de Castilla y Galicia», *Boletín de la Universidad Compostelana*, 64, (1956), pp. 239-276. Antoni Capmany, *Memorias históricas sobre la Marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, Tomo III, Madrid, Imprenta de Antonio de Sancha, 1792, pp. 24-25, menciona el buen estado de la marina en los puertos gallegos.

27.- Fermín Miranda García, «El mercado exterior del vino en Puente la Reina (Navarra) a mediados del siglo XIV». En María Isabel del Val y Pascual Martínez (dirs.), *Castilla y el mundo feudal. Homenaje al profesor Julio Valdeón*. Vol. I, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2009, págs. 539-550. Íñigo Mugueta, «La primera industrialización en Navarra: las ferrerías en la Baja Edad Media», en *Huarte de San Juan. Geografía e Historia*, 16, (2010), págs. 9-58 (especialmente 11-23); y «Mercados locales e industrias rurales en Navarra (1280-1430)». En Germán Navarro y Concepción Villanueva (coords.), *Industrias y mercados rurales en los reinos hispánicos (siglos XIII-XV)*. Monografías de la Sociedad Española de Estudios Medievales, nº 9. Murcia (2017), págs. 145-174.

28.- Cesáreo Fernández Duro, *La Marina de Castilla*, Madrid, El Progreso Editorial, 1894. Javier Garay Salazar, *1296-1996. VII centenario de la Hermandad de las Marismas*, Castro Urdiales, Ayuntamiento de Castro Urdiales, 1996,

Auge que no afecta solo a las zonas marítimas, pues Valdeón afirma que el notable desarrollo de Valladolid en los siglos XIV y XV es producto de una expansión *prácticamente ininterrumpida*, cuyo motor está en su función política, en una agricultura y ganadería para abastecimiento local, el auge de algunas ramas de la artesanía, especialmente las relacionadas con el consumo suntuario de la nobleza (joyeros, plateros, armeros, esmaltadores...), y un comercio en crecimiento debido a las ferias y a la presencia de comerciantes extranjeros. En Burgos las rentas del cabildo no vieron cambios bruscos, y solamente se puede anotar una mala coyuntura entre 1340 y 1368, pero no acusada y mucho menos catastrófica. La conclusión es que no hubo caídas fuertes de las rentas urbanas a lo largo del siglo, lo que resulta esclarecedor. Por lo tanto, razona Casado, si los canónigos no se vieron afectados por la crisis y no puede hablarse de la catástrofe demográfica que se insinúa para Castilla ya que todas las casas se mantuvieron alquiladas, parece que «la crisis del siglo XIV en Burgos debe ser repensada». Y más teniendo en cuenta que tampoco se aprecian caídas en los ingresos procedentes de los judíos o por portazgo de leña, bancos de las carnicerías y similares; y también las rentas de molinos y huertos evolucionaron de forma parecida, de modo que tampoco puede hablarse aquí de abandono de campos como producto de la *gran crisis agraria y demográfica*. En Murcia Menjot aprecia entre 1330 y 1355 una etapa de «crecimiento demográfico, recuperación agrícola y desarrollo de la industria pañera». También para el reino nazarí, que al parecer sufrió de manera extraordinaria la epidemia, Adela Fábregas ha puesto de re-

pp. 89 y ss. Beatriz Arízaga, *El nacimiento de las villas guipuzcoanas en los siglos XIII y XIV: morfología y funciones urbanas*, San Sebastián, Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, 1978.

lieve el complejo programa de creación de infraestructuras para el fomento del comercio interior e internacional (construcción de alhóndigas, alcaicerías y atarazanas en las principales ciudades del reino, y mantenimiento y mejora de las vías de comunicación, incluyendo puertos secundarios) puesto en marcha por los grandes reyes nazaríes de mediados del siglo XIV (Yusuf I y Muhammad V), al punto que a este siglo XIV lo denomina *el gran siglo nazarí*, cuando su economía se vio dinamizada por una demanda exterior cuyos ecos llegaron al último rincón del reino<sup>[29]</sup>.

En fin, la producción artesanal castellana estaba en consonancia con el nivel de urbanización y se realizaba en pequeños talleres locales, de modo que, dice Guinot, hablar de una crisis del mundo del trabajo y de la producción manufacturera castellana en el siglo XIV parece, cuando menos, exagerado; y no parece tampoco que los intercambios hayan entrado en colapso, pues David Igual, con la perspectiva más amplia que otorga el estudio del comercio internacional, al que no ve tan desconectado de las actividades mercantiles internas, replantea la dominante visión pesimista acerca del desarrollo de Castilla en la baja Edad Media<sup>[50]</sup>. Así es que se trata de una crisis que cuanto más se profundiza en su estudio más desvaída se presenta.

29.- J. Valdeón «Valladolid en los siglos XIV y XV», en *Historia de Valladolid*, II. *Valladolid medieval*. Valladolid, Ateneo, 1980, págs. 87-111. Hilario Casado, «¿Existió la crisis del siglo XIV? Consideraciones a partir de los datos de la contabilidad de la catedral de Burgos», en M<sup>a</sup> Isabel del Val y P. Martínez, *Castilla y el mundo feudal*. T.III, pp. 9-25. Denis Menjot, *Murcie castillane. Une ville au temps de la frontière (1243-milieu du XVe siècle)*, II, Madrid, Casa de Velázquez, 2002, págs. 1116-1124. Adela Fábregas, «La vida económica del sultanato nazarí en su vertiente comercial», en *Historia de Andalucía. VII Coloquio*. Granada, Universidad de Granada, 2009, págs.81-101.

30.- David Igual, «¿Crisis? ¿Qué crisis? El comercio internacional en los reinos hispánicos», *Edad Media. Revista de Historia*, 8 (2007), pp. 203-223.

Para Cataluña Furió afirma que la dinámica conocida y los datos disponibles relativos a cuestiones como el comercio, la industria textil, la construcción naval, la moneda y las demás estudiadas por los especialistas, *no son*, ciertamente, los de una economía en crisis, de modo que en conjunto, y a pesar de todo, el XIV es todavía un siglo de crecimiento. Así, aunque Vilar concede bastante importancia a unas epidemias que desde 1348 hicieron desaparecer muchas explotaciones agrarias, también afirma que la economía urbana se mantuvo, como muestra el apogeo del gran comercio hasta mediado el siglo XV. Y a nivel global los primeros signos de desequilibrio y debilidad no aparecen hasta 1380, de modo que la crisis aparece con toda su crudeza a mediados del siglo XV, alcanzando el punto culminante con la guerra civil. La Barcelona de 1380 a 1420 sigue siendo un gran centro comercial cuyos avatares hay que verlos más en factores internacionales que internos; de modo que la gravedad de la crisis de la ciudad –el gran motor del Principado– «no hay que buscarla en la peste ni en la agitación campesina sino en la pérdida de competitividad de los paños catalanes en el mercado internacional» y en las intervenciones sobre precios, salarios y valor de la moneda que se realizan tratando de superar la situación. El desencadenamiento de la crisis se produce entre 1425 y 1450, cuando es visible el descenso de la población barcelonesa (casi un siglo después de la Peste Negra), la falta de mano de obra y el bajón de la producción en todos los sectores<sup>[31]</sup>.

31.– Antonio Furió y Ferrán García-Oliver, «Temps de dificultats (1348-1400)», en Ernest Belenguier (Dir.), *Història de la Corona d'Aragó*. Vol. I. *L'època medieval (1137-1479)*, Barcelona, Edicions 62, 2007, pp. 245-286. Los autores afirman que en la Corona de Aragón, *todavía en pleno* crecimiento a mediados del siglo XIV, el debate sobre el agotamiento del modelo de expansión *no tiene sentido*, como se ve en la incesante actividad colonizadora

Y si para Valencia Enrique Cruselles cree que se deben volver a evaluar los efectos de guerras, hambrunas y pestes sobre la economía, «pues la sociedad valenciana se hallaba en una fase de crecimiento, sobre la cual esos fenómenos repercuten de manera más marginal que la que ha establecido la visión más catastrofista del siglo XIV», algo similar se ha estudiado para Mallorca, donde, dice Lluís Tudela, tras una etapa de inestabilidad que se prolonga de 1341 a 1349, ya desde finales de este año, y con más claridad desde 1351, coincidiendo con la nueva guerra con Génova, la reactivación económica de las islas se muestra evidente por la pujanza del comercio marítimo. Así es que desde la segunda mitad del siglo XIV se inicia una fuerte expansión manufacturera (textil lanar especialmente) que se incrementa en la primera mitad del XV; y a despecho de conflictos e inseguridades, se observa ya en los años centrales del XIV una intensa actividad en los intercambios comerciales, especialmente aunque no solo con el Norte de África. Así es como tras la ampliación del muelle de Mallorca, en 1356 Pedro IV pide que se construya una nueva dársena cubierta capaz para veinte galeras<sup>[32]</sup>.

En fin, baste este somero e incompleto repaso para argumentar que el hipotético impacto gravemente despoblador de la epidemia complica mucho poder explicar de forma coherente la coyuntura económica, las repoblaciones tardías del País Vasco, de

de marjales o zonas boscosas y en la repoblación por catalanes, especialmente, de las Baleares y de las costas valencianas; así es que *estem lluny de qualsevol «sostre malthusià»*, del *món ple de que parlen alguns historiadors. Al contrari...*

32.– Enrique Cruselles, *Los mercaderes de Valencia en la Edad Media*, Lleida, Milenio, 2001, p. 43. Lluís Tudela, «Les activitats econòmiques a la primera meitat del segle XIV. L'etapa del rei Jaume III de Mallorca», en *Jaume III de Mallorca i el seu temps*. Palma, Documenta Balear 2017, págs. 51-81.





«Entierro de víctimas de la peste en Tornai», miniatura de *Chroniques et annales de Gilles le Muisit*, 1348 (Fuente: Biblioteca Real de Bélgica).

la Andalucía Bética y otras zonas, y este trayecto de crecimiento económico que ya expusieron (pero sin Peste Negra) los trabajos de autores muy anteriores como Sempere, Capmany, Fernández Duro y otros.

La evolución de la fiscalidad en las coronas peninsulares desde mediados del siglo XIV es un factor esencial cargado de significado político, económico y, también, demográfico. Podría suponerse que, tras una catástrofe demográfica como la que se presume, la recaudación se hundiría, y sin embargo los datos, allí donde se han podido obtener, señalan exactamente lo contrario. Tal pareciera que la recaudación fiscal sea una variable independiente de la cantidad de pecheros, de la base imponible creada por la fuerza de trabajo.

En efecto, tanto en Navarra como en la Corona de Aragón, territorios mejor conocidos por la conservación de fuentes esenciales, la revolución fiscal que va a conducir a incrementos extraordinarios de

recaudación mediante la reorganización y creación de nuevos impuestos y maneras de gestionarlos, se inicia precisamente a mediados del siglo XIV, justamente cuando otros historiadores sitúan descabros demográficos, descensos de población sin precedentes. Y para Castilla, Sempere y Guarinos destaca la riqueza en el reinado de Pedro I visible en la fuerza naval, el tesoro real o los ingresos fiscales; en cuanto a lo primero señala que en la guerra con Aragón el castellano movilizó una armada de ciento veintiocho buques en total, casi todos suyos y construidos en sus dominios, además del poderío naval de los vascos, que por entonces rivalizaban con Inglaterra por el dominio del mar; y para la magnitud del tesoro real cita a la crónica, y añade que «*la mayor parte de su tesoro fue producto únicamente de los justos derechos que el Reyno le pagaba*», un reino en el que circulaba «gran cantidad de oro y plata gracias a la multitud de compras y ventas que se hacían y la gran

extensión del comercio, industria y riqueza de los particulares», datos que parecen incompatibles con un desastre demográfico general<sup>[33]</sup>.

En relación al Reino de Navarra, Eloísa Ramírez afirma que la avalancha de *ayudas* de diverso tipo se inicia en el reinado de Carlos II, desde 1350, y su aumento ya no se detendría, de modo que llegaron a superponerse las de un año con las del siguiente, perdiendo así este impuesto (directo, que tasa la renta de cada fuego) su carácter extraordinario. Una primera *ayuda* se carga sobre los labradores en 1352, de nuevo en 1355 y otra en tres años en 1356. La totalidad del reino concede en 1358 otras 30.000 libras. La siguiente se concede en 1362, con ocasión del conflicto con Aragón, en el mismo año en que se ha calculado una nueva gran mortandad del 20% de la población; en 1363 se concede una más de 15 sueldos por fuego y otra al año siguiente muy elevada (46.800 libras) para gastos de guerra. Y a partir de ese año las ayudas se solicitan anualmente, llegando incluso a aprobar más de una por año. Además de estas *ayudas*, Carlos II introduce una *imposición* del 5% (el *veinteno*) sobre las mercancías, tasa a modo de alcabala que se impone a la totalidad del reino en 1361 (gravando la sal); a partir de ese año se gravarán todas las compra-ventas en Navarra, lo que aportó a la corona unos *ingresos elevadísimos*. De modo que los especialistas navarros hablan de auténtica fiebre fiscal de un *Estado perceptor*, pues estas imposiciones, en teoría extraordinarias, conviven con las ordinarias y con las cargas señoriales, de manera que la población campesina de este reino pirenaico se vio muy especialmente gravada. Y todo ello cuando, según Monteano, estamos ante *el récord de todos los declives demográficos*

33.- Juan Sempere y Guarinos, *Historia del lujo y de las leyes suntuarias de España*, I, Madrid, Imprenta Real, 1788, págs. 131 y ss.

registrados en la Europa de la época<sup>[34]</sup>.

En Aragón, la crónica de Pedro IV nos informa de que en 1348, con una epidemia desatada que mataba a 300 personas diarias en Valencia y en Zaragoza y en plena guerra civil (conflicto con las Uniones aragonesa y valenciana), las cortes conceden al monarca el impuesto de la moneda, que, sorprendentemente, «hicimos recoger luego por nuestros comisarios en todos los lugares de dicho reino bajo la forma de la costumbre». Sorprendentemente porque se concede un impuesto extraordinario que se cobra, aparentemente, sin incidencia especial digna de mención por todo el reino: ni reducciones por mortalidad ni dificultades de cobro por ausencia de los pecheros, y con una administración fiscal que obviamente no estaba desarticulada, como a veces se ha dicho.

Para terminar la campaña contra la Unión valenciana, el rey reúne un gran ejército de *mil doscientas capellinas y hasta quince mil sirvientes* y se aprovisiona abundantemente gracias a *las grandes y buenas cosechas* que, por lo visto, pudieron recogerse a pesar de las circunstancias (es habitual leer que en otros lugares las cosechas

34.- La fiscalidad navarra ha sido objeto de numerosos estudios desde hace años, facilitados por la gran riqueza del Archivo de Comptos. Cfr. Francisco Javier Zabalo, «Algunos datos sobre la regresión demográfica causada por la peste en la Navarra del siglo XIV», en *Miscelánea ofrecida a José María Lacarra*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1968, págs. 485-491. Y del mismo *La administración del Reino de Navarra en el siglo XIV*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1973. Eloísa Ramírez Vaquero, «Hacienda y poder real en Navarra en la Baja Edad Media. Un esquema teórico», *Príncipe de Viana*, 216 (1999), pp. 87-118. Íñigo Mugueta, «Estrategias fiscales en el Reino de Navarra (1349-1387): el Estado perceptor», *Iura Vasconiae*, 6 (2009), pp. 219-264. Las rentas señoriales también se incrementan de forma considerable, pues el obispo de Pamplona reconoce una subida de más del 50% entre 1344 y 1350, y el monasterio de Oliva alcanza su máximo en 1355. A la vista de estos datos parece oportuno preguntarse quién paga en Navarra tales imposiciones y quién genera la riqueza, la base imponible que se grava con tanta intensidad en tiempos de desgracia sin parangón.

no pudieron recogerse por la gran mortandad y la huida de los campesinos); además, las tropas saquean las huertas y alquerías próximas a Valencia, *que estaban llenas de víveres...* Y, en fin, en 1356 se recauda entre el brazo real y eclesiástico de Aragón otra ayuda extraordinaria con motivo del matrimonio de la infanta Juana y de la campaña sarda; la ayuda se recaudó sin especiales aspavientos y, comenta José-Luis Martín, «*se gastó en salarios a caballeros, en la compra de caballos que el aragonés regaló al rey de Sicilia, en el pago de concesiones gratuitas... y en pagar los vestidos y la fiesta de la infanta, en obras en el palacio de la Aljafaría, aparejo de algunas naves y liquidación de algunas deudas del monarca*». Enormes sumas, pues, para gastos suntuarios que se recaudan tras la epidemia sin aparentes problemas, al punto que las sucesivas reuniones de las cortes aragonesas tuvieron como motivo esencial la recaudación extraordinaria, que llegaría a convertirse por regular en ordinaria<sup>[35]</sup>.

Una interpretación sin prejuicios de este conjunto de datos seguramente nos haría concluir que, aunque indudablemente la peste visitó Aragón, no fue lo suficientemente intensa ni extensa como para alterar la *vida cotidiana* (en tiempos de guerra), el cobro de impuestos, la recolección de las cosechas, el abastecimiento de ejércitos numerosos, las acciones bélicas..., de modo que no parece sostenible la idea de que la

peste mató a la mitad de los aragoneses en poco más de un año.

Manuel Sánchez, uno de los mejores conocedores de la historia de la fiscalidad en Cataluña, afirma que apenas concluidos los conflictos con las Uniones aragonesa y valenciana y la Peste Negra, ya en 1349 Pedro IV obtiene 20.000 libras para hacer frente al desafío de Jaime III, iniciando así una *escalada de subsidios*, cosa que hasta entonces no había ocurrido; esta dinámica impositiva se presenta como *el prelude* de lo que sería normal después de 1350. Las Cortes celebradas en Perpiñán en 1350-1351 conceden una *impositio generalis* sobre el cereal, el vino, la carne y los tejidos, indirecta, pues, afectando tanto al realengo como a los señoríos de nobles y eclesiásticos; evidentemente la confianza en las posibilidades de una recaudación eficaz por estos conceptos implica la existencia de una economía normal en funcionamiento y un consumo *elevado*, parámetros incompatibles con una reciente reducción de la población del tenor de la que se predicaba<sup>[36]</sup>. Pero es que, además, el brazo real ofrece al monarca entre 1353 y 1356 305.000 libras, cantidad ciertamente impresionante; el autor concluye que, solamente en año y medio, «*las ciudades y villas catalanas pagaron 4.200.000 sueldos barceloneses, cantidad casi equivalente al doble de los ingresos de la Tesorería real en toda la Corona en esos mismos años*». Y a ello se deben añadir las 500.000 libras en dos años que conceden las Cortes de Monzón. Es cierto que para tales pagos se recurre a la deuda pública, pero es obvio que compromisos y empréstitos tales

35.- José Luis Martín, «Cuentas de la ayuda ofrecida a Pedro el Ceremonioso por los Prelados y ciudades de Aragón (1356)», en *id.*, *Economía y sociedad en los reinos hispánicos de la Baja Edad Media*, II, Barcelona, El Albir, 1983, pp. 285-293. Esteban Sarasa, «Los aragoneses en la proyección mediterránea de la Corona. Sobre Cerdeña en 1356», en *La Mediterrània de la Corona d'Aragó, segles XIII-XVI*, Valencia, PUV, 2005, pp. 201-208, donde el autor afirma que los aragoneses no solo pagaban mucho, sino también a gusto (lo que es francamente raro, dadas las circunstancias) por su identificación con los objetivos de la monarquía.

36.- A. Furió y F. García-Oliver, «Temps de dificultat», afirman que entre los indicadores de crecimiento que se observan en la segunda mitad del XIV figura el hecho de que el mercado de artículos de consumo no ha perdido el dinamismo de antaño, y tampoco el ritmo de las importaciones y de las exportaciones (pp. 247-248); ello, desde luego, cuadraría más con esta *impositio generalis* establecida en 1351.

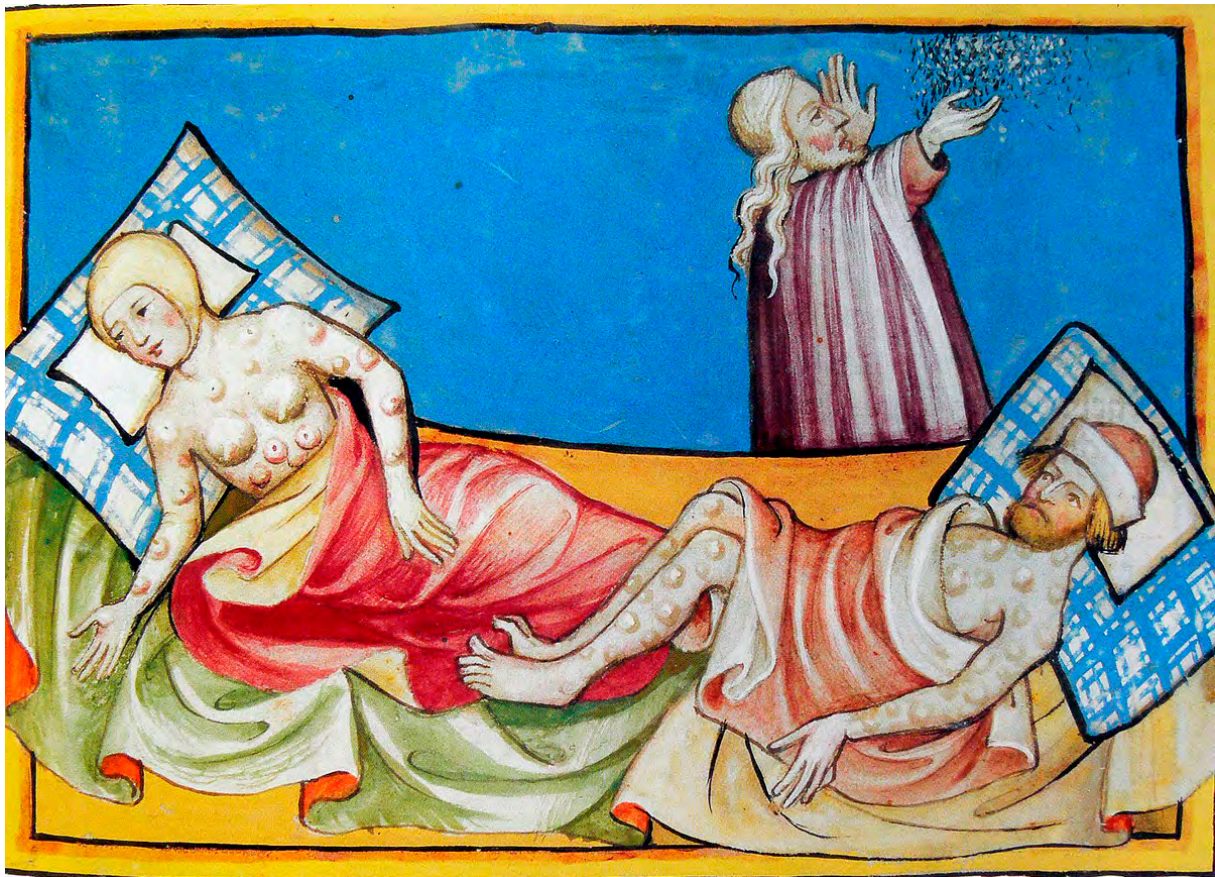


Ilustración de *La Biblia de Toggenburg*, 1411 (Fuente: Kupferstichkabinett).

presuponen una posibilidad razonable de pagar y de cobrar. Y según Ortí la ciudad de Barcelona soporta unas imposiciones entre 1353 y 1359 de prácticamente el doble de lo que se pagaba en la década de 1340 y casi diez veces más de lo que se pagaba a finales de la década de 1320<sup>[37]</sup>.

También resulta muy difícil compaginar los estragos de la epidemia en Mallorca y el enorme esfuerzo fiscal que realiza precisamente entre 1349 y 1354, esfuerzo destinado a gastos de las guerras del momento (Cerdeña, Génova, invasión de la isla por

Jaime III) y que Cateura ha puesto de manifiesto: 800.000 sueldos en 1349; 356.360 en 1351; 915.000 en 1353; y 1.097.647 en 1354. Casi tres millones de sueldos en estos cinco años para gastos de guerra, que, además, se recaudarán por la vía de imposición indirecta municipal, lo que implica previsiones optimistas y confianza en el buen desenvolvimiento económico (pues grava alimentos, transacciones comerciales, circulación de bienes y personas...), y que fueron adelantados mediante créditos privados que luego costó devolver, al punto que las nuevas e importantes exigencias fiscales de 1355 (otros 500.000 sueldos) se tendrán que afrontar recurriendo por primera vez a deuda pública<sup>[38]</sup>.

Y en cuanto a la actividad militar, baste

37.- Manuel Sánchez (ed.), *Fiscalidad real y finanzas urbanas en la Cataluña medieval*, Barcelona, CSIC, 1999. Manuel Sánchez, «La evolución de la fiscalidad regia en los países de la Corona de Aragón (c.1280-1356)», en *Europa en los umbrales de la crisis (1250-1350)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1995, págs. 393-428, entre otras muchas contribuciones del autor. P. Ortí Gost, *Renda i fiscalitat en una ciutat medieval: Barcelona, segles XII-XIV*. Barcelona, CSIC, 2000, págs. 221 y 638.

38.- Pau Cateura, «La guerra de Cerdeña y las finanzas municipales: la deuda pública de Mallorca (1355)», en *La Mediterrània de la Corona d'Aragó*, pp. 209-223.

señalar que, como se sabe, es permanente en todos los reinos peninsulares, tanto por guerras civiles como por enfrentamientos entre ellos, y que exige movilizaciones extraordinarias y gastos elevadísimos, a la vez que causa desastres sin cuento por las tácticas de tierra quemada. En los años de la epidemia Alfonso XI dirige una amplia movilización militar en la campaña de Gibraltar, frente a cuyas murallas murió de peste en 1350; campaña que dejó arruinado un reino que arrastraba desde hace tiempo una situación calamitosa. Y, proclamado Pedro I, la gran nobleza díscola se subleva a sangre y fuego, provocando un verdadero desastre por doquier<sup>[39]</sup>. En 1356 estalla el largo conflicto con Aragón (la guerra de los dos Pedros) cuyas funestas consecuencias en todo el territorio, y singularmente en las zonas de frontera entre ambos reinos, han sido suficientemente puestas de relieve por la historiografía<sup>[40]</sup>; guerra que se convertirá en civil cuando Enrique de Trastámara trate de destronar a su hermanas-

tro con el apoyo de Aragón y de compañías de mercenarios extranjeros que también sembraron el terror y la destrucción por donde pasaron.

Ya hemos señalado que en Aragón, para terminar la campaña contra la Unión valenciana, el rey reúne un gran ejército de mil doscientas *capellinas* y hasta quince mil sirvientes, cifra extraordinaria y más teniendo en cuenta que la Unión moviliza otros tantos y que, siendo ya muy complicado en tiempos normales, en tiempos de epidemia parece altamente improbable<sup>[41]</sup>. Y, acabadas las guerras de las Uniones, comenzaron los conflictos en el Mediterráneo (desde 1350 a 1356), que enlazarán sin solución de continuidad con la guerra con Castilla. Capmany, por ejemplo cita las enormes movilizaciones y dispendios que provocan las campañas sardas y el enfrentamiento con Génova: preparativos bélicos y guerras en varios frentes a la vez, gastos enormes, nuevos impuestos, cobros anticipados, matanzas y destrucciones... conforman un panorama que no nos parece compatible con lo que simultáneamente se suele afirmar. Así, en 1349, en plena epidemia, se armaba en Barcelona una escuadra de galeras, para lo que se favoreció el alistamiento de voluntarios; en 1351 se rompen las treguas con Génova y se apresta una flota de 30 galeras, para lo que Cataluña ofreció nuevo donativo; al año siguiente para la campa-

39.- Al poco tiempo de recibir la corona Pedro I tuvo que sufrir la sublevación de grandes nobles, entre ellos sus hermanastros, encabezados por don Juan Alonso de Alburquerque; un cronista lo describe así: «...tan grandes bollidos e escándalos ovo en el reyno, que grand tiempo ovo que mayor non fuera, pues los rebeldes reúnen a grandes gentes de a pie e de a cauallo...e estos debates duraron bien tres años», cuando el monarca, *con mucha gente de armas* concentrada en Tordesillas se dirige a tomar Toro, donde estaban sus hermanastros y otros rebeldes. Pedro es apresado con engaños, pero cuando logra escapar ordena al reino que acudan en su ayuda «todos los omes de veinte años arriba e de sesenta años ayuso...» de modo que se encendieron unas guerras civiles que abarcaron España *igne et gladio*. El cronista no advierte, además, dificultades ni para el reclutamiento ni para los abastos necesarios de unos y otros. Vid. *Crónica de España*, CODAIN, tomos 105 y 106, Madrid, 1893.

40.- María Teresa Ferrer i Mallol, «La frontera meridional valenciana durant la guerra amb Castella, dita dels dos Peres», en *Pere el Ceremoniós i la seva época*, págs. 245-357, y también Mario Lafuente, «Aproximación a las condiciones de vida en Daroca y su entorno durante la guerra de los dos Pedros (1356-1366)», en *Stvdivm. Revista de Humanidades*, 15 (2009), págs. 53-87.

41.- Manuel Colmeiro, *Historia de la Economía Política en España*, Madrid, Librería de Ángel Calleja, 1863 explica que la relación hombres armados-población es normalmente de 1:8. Así es que estos 16.200 reclutas implicarían unos 130.000 habitantes (sin contar los que recluta la Unión, que se cifran en 19.000). En torno a 1350 se ha supuesto para el reino de Aragón una cifra menor de habitantes. Y solo por contextualizar, dicen Livet y Mousnier que para un país como Inglaterra, con quizás más de tres millones de habitantes en 1348, una movilización de entre diez mil y quince mil combatientes resulta ya exagerada. Véase: George Livet y Roland Mousnier, (Dirs.), *Histoire Générale de l'Europe*. T. II. *Europe du debut de XIVe siècle à la fin du XVIIIe siècle*, París, PUF, 1980.

ña de Cerdeña se arman sesenta buques de guerra y se adelantan las contribuciones de tres años; en 1354 el propio monarca encabeza una nueva expedición a Cerdeña con «más de trescientas velas que llevaban pasados veinte mil combatientes a bordo»; en 1356 nueva expedición de 47 galeras, para lo que Barcelona contribuyó con cien mil escudos y siete galeras...<sup>[42]</sup>.

Y para el caso de Navarra, Fernández de Larrea recoge datos de movilizaciones de tropas que se dirigen a Normandía, en defensa de los intereses del monarca, en el verano y también en noviembre de 1353, en 1355 y en 1357 (más de 3.100 hombres en las dos últimas expediciones); y quizás sorprenda también saber que, tras haber perdido la mitad de su población en la crisis de 1347-1350 y otro veinte o treinta por ciento en la crisis de 1360-63 según el propio autor cita, los efectivos militares navarros movilizados alcanzaron, con ocasión de la guerra con Aragón en julio de 1362, «la cifra más alta de toda la Baja Edad Media», a saber, 3.290 hombres<sup>[43]</sup>.

En fin, como se ve, una permanente actividad bélica por doquier altamente destructiva, con sus secuelas de enormes dispendios, desarraigo de miles de familias

campesinas, tierra quemada y masivas movilizaciones de tropas que, aparentemente al menos, no se resintieron de la hecatombe causada por la epidemia que simultáneamente se acepta. ¿Cómo compaginar todo esto?

### Conclusión

Evolución económica, fiscal y militar, pues, de las coronas de Castilla y de Aragón y del Reino de Navarra, con datos que aporta una extensa bibliografía y que podrían multiplicarse y que, aparentemente, conviven de forma plácida en nuestra historiografía con otros que afirman la existencia de una catástrofe demográfica de proporciones colosales (que se va matizando en los últimos años), lo que quizás nos remite al *espléndido aislamiento* con que a veces trabajan los historiadores especializados, ajenos los unos a las aportaciones de los otros.

Parece, pues, que estamos todavía muy lejos de haber avanzado significativamente en ese camino de la construcción de una historia marxista, una historia de la *totalidad* de una formación social, sobre la que el gran maestro Pierre Vilar reflexionó hace ya años<sup>[44]</sup>.

42.- A. Capmany, *Memorias históricas sobre la Marina*.

43.- Jon Andoni Fernández de Larrea, *Guerra y sociedad en Navarra durante la Edad Media*, Bilbao, Euskal Herriko Unibertsitatea, 1992, pp. 41-75 especialmente. Y del mismo, *El precio de la sangre. Ejércitos y sociedad en Navarra durante la Baja Edad Media (1259-1450)*, Madrid, Sílex, 2013, especialmente págs. 93 y 111. Los datos de este autor ponen en cuestión claramente las cifras de mortalidad navarras en 1348-1349.

44.- Pierre Vilar, *Historia marxista, historia en construcción. Ensayo de diálogo con Althusser*. Barcelona, Anagrama, 1974.